

INTRODUCCIÓN

Guillaume Gaudin y Paulina Machuca

El 8 y 9 de junio de 2017 se llevó a cabo en el Centro de Investigaciones Internacionales (CERI) del Instituto de Sciences Po de París, el Coloquio «Las Filipinas y sus mundos: gobernar y vivir en los confines de los imperios ibéricos¹». Esta jornada reunió a trece investigadores españoles, franceses, mexicanos y portugueses, todos ellos especialistas de las monarquías ibéricas, y algunos de ellos particularmente de las Filipinas. La jornada ofreció un laboratorio único, al tratar de medir los términos de la expansión, de las conexiones planetarias, de las dinámicas imperiales: distancia, tiempo, poder y sociedades. Este encuentro se realizó en el marco de un programa de investigación más amplio, intitulado «Vencer la distancia. Actores y prácticas del gobierno de los imperios español y portugués²».

Para los organizadores se trataba de considerar a las islas Filipinas como un paradigma (léase paroxismo) del gobierno imperial a distancia, en el marco del dispositivo de la monarquía española y en un marco temporal amplio. Nuestro objetivo era estudiar las Filipinas, sus especificidades, en el contexto más general de la historia de las monarquías ibéricas y las nuevas configuraciones planetarias a partir del siglo XV. Alentamos a los participantes a que hicieran un análisis de los dispositivos prácticos de naturaleza política, cultural y social, establecidos por los actores del poder, con el fin de establecer su dominación en el caso límite de las Filipinas, sin olvidar que se trata de un espacio bisagra, entre la China (Macao), el conjunto de Insulindia, y los océanos Pacífico e Índico. Más allá se perfila la Nueva España y el Atlántico norte de un lado, y del otro la India, el mundo árabe-turco, y el Atlántico sur. Todo se cierra en el estuario del Guadalquivir y de Sevilla.

Durante el seminario insistimos en, cuando menos, tres aspectos. En primer lugar, en el papel del espacio –en el que la distancia geográfica no es más que un aspecto– de cara a las configuraciones imperiales ibéricas: la distancia-tiempo es, a la vez, un elemento de obstáculo, pero también de fluidez en la intermediación e, incluso, elemento de cohesión y de comprensión. En segundo lugar, en la aproximación “desde abajo” o pragmática de la sociedad filipina en relación a los estudios de caso,

¹ Este coloquio fue organizado por Romain Bertrand, Thomas Calvo, Guillaume Gaudin y Paulina Machuca. Recibió apoyo de El Colegio de Michoacán y del laboratorio FRAMESPA (UMR 5136 del CNRS) de la Universidad de Toulouse Jean Jaurès, así como el valioso apoyo y amable acogida de Romain Bertrand en el CERI.

² El programa Distancia está financiado por la Casa de Velázquez y del Labex SMS (ANR-11-LABX-0066).

trayectorias, experiencias, hechos vividos en la cotidianidad y producidos por los actores; todo ello bajo el techo macrohistórico de un imperio que fundamenta su legitimidad y su orgullo en el hecho de que “el sol jamás se pone en sus posesiones”, donde la misa se dice a lo largo de las 24 horas del día. Y en tercer lugar, en las formas de conexiones y de circulaciones de diferentes poblaciones presentes en el espacio filipino y sus alrededores, y cuáles fueron las consecuencias de la presencia ibérica y occidental, tanto para las Filipinas como para las sociedades del entorno, la Insulindia y más allá: de Mindanao a Macao, de Japón a Camboya.

El resultado de esos trabajos aparece ahora bajo la forma de un libro que refleja una tendencia historiográfica (las historias global e imperial), así como un amplio abanico de acercamientos y de temas posibles para comprender mejor la historia de un archipiélago en la encrucijada de mundos, y más ampliamente la historia de los imperios, su funcionamiento, sus dinámicas y las trayectorias de actores que allí se mueven y las transforman.

Los últimos avances historiográficos: la integración de Filipinas en una historia imperial y global

En 2009, María Dolores Elizalde publicó un importante balance historiográfico de los últimos avances (desde la década de 1990) de la investigación histórica respecto a Filipinas, tanto en España como en Filipinas y en otras partes del mundo (México y Estados Unidos en primer lugar³). Destacaba los grandes esfuerzos para sustraer la historia de Filipinas de antiguas concepciones nacionalistas heredadas de 1898 o de la historiografía panegírica de las órdenes religiosas⁴. Las investigaciones recientes desde entonces se han enfocado hacia una mejor comprensión del proyecto colonizador, así como de las respuestas ofrecidas por Filipinas; dicho de otra forma, han abordado la formación de una sociedad colonial original. Desde luego, lo que ocurrió a partir de finales del siglo XVI en Filipinas –unos cincuenta años después de la caída de México-Tenochtitlan– se inscribe en el movimiento de la colonización hispanoamericana, pero el contexto geográfico, humano y geopolítico conducen a adaptaciones muy marcadas. La lista de los temas abordados refleja tanto el dinamismo de la producción historiográfica, como un momento de “*histoire en miettes*”/“historia en migajas”, con una multitud de temas tratados desde enfoques políticos, económicos, sociales y culturales.

Desde 2009, este dinamismo no disminuyó, sino al contrario. Sin embargo, pensamos que la tendencia de los últimos años ha sido la de vincular la historia de Filipinas a lugares y problemáticas más amplias que el propio espacio del archipiélago: aquí también se sienten los efectos del *global turn*, y Filipinas se volvió

³ Elizalde, 2009.

⁴ Las manifestaciones más evidentes de esta dinámica se encuentran en la serie de congresos de la Asociación Española de Estudios del Pacífico, como las publicaciones colectivas de Leoncio Cabrero, Miguel Luque Talaván y Martha Manchado, M^a. Dolores Elizalde, Josep M. Fradera y Luis Alonso en las décadas de 1990 y 2000.

lógicamente un laboratorio para muchos nuevos investigadores. De forma similar a la historia atlántica, y siguiendo cierta tradición, la historia del Pacífico ha sido objeto de nuevas publicaciones sobre comercio, navegación, religión, ciencia o espacios intermediarios como las islas Marianas⁵. Los intentos y propuestas para incorporar a Filipinas en una historia global y restituir la complejidad de las relaciones culturales específicas de Filipinas, dieron lugar a tres monografías particularmente originales, a la encrucijada de distintas disciplinas como la historia, la antropología y la sociología⁶. En una perspectiva un poco diferente, con una coloración tal vez menos “global” que imperial, la cuestión de Filipinas como frontera y como espacio de intercambio, sigue siendo un tema de interés⁷. Las dinámicas demográficas y la composición multicultural de las islas proporcionaron valiosos estudios⁸. En fin, el campo de la historia política y social, en un marco principalmente imperial, suscitó también investigaciones originales⁹.

La presente obra colectiva se integra en esta dinámica historiográfica que busca comprender las realidades históricas de la vida de los habitantes y los residentes de Filipinas, a partir de una perspectiva que navega entre lo local y lo global. Se trata de vincular estas historias de vida y su organización social y política, en conjuntos y dinámicas más amplias, como las relaciones y circulaciones con el Sudeste de Asia, el Pacífico, la América española, y la India de Portugal. Estas trayectorias históricas y documentadas de gente ordinaria se desenvuelven, en numerosos casos, en una escala planetaria. Tal vez nos acerquemos a algo que la historiografía anglosajona denomina *Global micro history*.

El contexto filipino: ¿un excepcional normal?

La implantación definitiva de los castellanos en Filipinas se efectuó con la llegada de la flota de Miguel López de Legazpi en 1565, si bien desde la primera mitad del siglo XVI se habían realizado expediciones desde la Península Ibérica y el virreinato de la Nueva España, con miras a establecer un asentamiento permanente que permitiera a la Corona española participar en el jugoso comercio de las especias y de bienes de lujo. La fundación de Manila en 1571 convirtió a esta ciudad en base de operaciones para expediciones en las costas asiáticas, así como en el centro de intercambios comerciales entre Asia y la América española. Filipinas se constituyó en una Capitanía General que quedó sujeta a la jurisdicción del virrey de la Nueva España, con la cual quedó unida durante dos siglos y medio a través de la ruta transpacífica protagonizada

⁵ Bonialian, 2012; Bernabéu, 2013; Giraldez, 2015; Bernabéu, Mena-García y Azcona, 2015; Bernabéu, Mena-García y Azcona, 2016; Coello de la Rosa, 2016; Calvo y Machuca, 2016; Calvo, 2016; Yuste y Ríos, 2016; Elizalde y Yuste, 2018.

⁶ Donoso, 2013; Parades, 2013; Bertrand, 2015; Tremml-Werner, 2015.

⁷ Manchado López y Luque Talaván (éd.), 2011; Crailsheim, 2014; Jacqueland, 2015; Jacqueland y Bénat-Tachot, 2017.

⁸ Newson, 2009; Gil, 2011; García-Abásolo, 2012; Manchado López y Luque Talaván, 2014.

⁹ Newsome Crossley, 2011; Penalva, 2014; Mawson, 2016; Elizalde Pérez-Grueso y Huetz de Lemps (éd.), 2017.

por el Galeón de Manila. Con la llegada del gobernador Francisco de Sande (1575-1580), nombrado desde Madrid, se inició propiamente el establecimiento de las instituciones civiles y religiosas en el archipiélago, o lo que John Leddy Phelan llamaría el proceso de *hispanización*¹⁰. El primer obispo y los primeros jesuitas arribaron en la década de 1580, periodo en que se fundó la Real Audiencia, instancia que funcionó como la corte suprema de justicia.

Así, los españoles se concentraron en Manila y llevaron una vida urbana acompañada por el comercio del Galeón. Los que no eran ni comerciantes ni soldados rasos acaparaban los 280 oficios de la administración –gobierno, justicia, hacienda y guerra– con que contaba la ciudad a mediados del siglo XVII¹¹. Los chinos, conocidos como *sangleyes*, se concentraban en el Parián, a las afueras de Intramuros, y se dedicaban al comercio y la artesanía. Los nativos filipinos trabajaban para los españoles en la agricultura, la ganadería y la pequeña industria para abastecer el mercado local y las demandas del Galeón. A comienzos del siglo XVII, Antonio de Morga censó 8.000 habitantes españoles, clasificados en cinco categorías: eclesiásticos, colonos, gente de guerra, comerciantes y oficiales reales¹². Hacia 1650, en Manila vivían 7.000 españoles, 15.000 *sangleyes* y 20.000 filipinos. La capital de Filipinas era un mundo peligroso y precario para los castellanos: la ciudad estaba construida como una fortaleza para amparar a una comunidad aislada y protegerla del barrio chino, de los ataques de holandeses y de piratas musulmanes. Las enfermedades abundaban, los temblores de tierra eran frecuentes y los soldados reclutados a la fuerza en Nueva España planteaban problemas de disciplina¹³.

La comunidad española en Filipinas era particularmente frágil en el siglo XVII, sobre todo debido a su aislamiento geográfico: «un mundo cerrado en una frontera abierta, o una frontera más allá de la frontera¹⁴». En primer lugar, Filipinas distaba 16.000 kilómetros de la Nueva España, las separaba una inmensa barrera de mares profundos que era el océano Pacífico, que ponía en riesgo latente la travesía del Galeón. Se estima que la ruta de Acapulco a Manila se realizaba en dos meses y medio, pero la de Manila a Acapulco se demoraba alrededor de cuatro meses, cuando no cinco y hasta seis, con el peligro de hundimientos, arribadas y ataques de piratas. El escorbuto jugaba su propio papel, pues se estima que la tasa de mortalidad a bordo del Galeón de Manila ascendía al 20%¹⁵.

Al igual que en Hispanoamérica, Filipinas vivió una etapa de reformas borbónicas en la segunda mitad del siglo XVIII, con miras a mejorar la producción económica, la fiscalidad y enfrentar la corrupción casi generalizada en todos los niveles de la burocracia en las Indias. En el ámbito económico, se creó la Real Compañía de Filipinas en 1785 y se estableció una ruta directa entre Cádiz y Manila, acabando con el monopolio que hasta ese momento tenían los mercaderes novohispanos a través del

¹⁰ Para un acercamiento renovado de esta noción, ver Blanco, 2009.

¹¹ Berthe y Calvo, 2011, p. 70.

¹² Morga, [1609] 2007, p. 282.

¹³ Alva Rodríguez, 2000, p. 209-268.

¹⁴ García-Abásolo, 2011, p. 71-88.

¹⁵ Torres y Sánchez de Mora, 2013, p. 257.

comercio del Galeón. La agricultura filipina vivió asimismo una época de cambios, al fomentarse la producción de cultivos estratégicos como la caña de azúcar, el cacao, el tabaco y la palma de coco, que si bien formaban parte del panorama agrícola desde tiempos anteriores, a partir de entonces se buscó incrementar su productividad de cara al comercio internacional.

Pero la verdadera transformación del archipiélago se experimentó en el siglo XIX, cuando la independencia de la Nueva España rompió los lazos entre Filipinas y el continente americano. España, que había perdido la mayoría de sus colonias de ultramar (excepto Cuba y Puerto Rico), prestó mayor atención a las necesidades de Filipinas, tras lo cual se implementaron mejoras en la economía, la educación, la salud y las vías de comunicación. La finalidad era establecer una colonia controlada mediante «leyes especiales». La apertura del Canal de Suez en 1869 permitió que los hijos de las familias más acaudaladas –como José Rizal (1861-1896), el héroe nacional filipino– pudiesen cursar sus estudios en universidades europeas, donde Barcelona y Madrid se convirtieron en los lugares predilectos de los filipinos.

Las Filipinas: ¿un mundo aparte?

Una de las preguntas que se deben plantear desde un principio es si las Filipinas españolas constituyen «un mundo aparte» dentro del conjunto de la Monarquía Hispánica. Se trata, en efecto, de la posesión española más alejada de todas –aunque no la única si pensamos en el Reino de Chile–, a la cual se llegaba navegando a través de dos grandes océanos: desde el eje de Madrid-Sevilla había que atravesar el Atlántico y luego el Pacífico, o bien, el Atlántico, el Índico y luego el Mar de China si se optaba por la vía de los portugueses, que consistía en bajar por el lado occidental de África por el Atlántico para dar al océano Índico. ¿Esta distancia moldeó un tipo de sociedad diferente? ¿Propició el desarrollo de prácticas civiles y religiosas distintas a las que se realizaban en otras partes del imperio español? ¿Cómo reaccionaron los españoles frente al reto que implicó establecerse en un medio geográfico particularmente adverso, en una región altamente sísmica?

Es precisamente la pregunta a la que responde Paulina Machuca en sus investigaciones sobre los riesgos naturales en Filipinas. Los fenómenos sísmicos allí son muy frecuentes y ofrecen a la historiadora la posibilidad de medir las reacciones y las respuestas políticas y culturales de los españoles de cara a la adversidad de los lugares. Para los colonos que conocían Hispanoamérica, sismicidad y vulcanismo no eran fenómenos desconocidos, sin embargo, el extremo aislamiento y la frecuencia de los temblores, hacían de Filipinas un lugar especial. Allí, la cultura arquitectónica europea de la piedra se impuso sobre el bambú y la palma, y se adaptó, a pesar de las consecuencias negativas. La gestión del riesgo es un buen revelador de la administración política imperante en el archipiélago: el rey, lejano, no responde a las emergencias, mientras que las autoridades locales, como en muchos otros casos, terminan resolviendo solas sus dificultades.

Los españoles no encontraron únicamente un espacio *sui generis* en cuanto a la ubicación morfotectónica, sino también ambiental: una geografía dominada por islas

montañosas, pero con algunos valles fértiles para el cultivo de cereales, resultó atractiva para la producción de alimentos. Sin embargo, al igual que en Mesoamérica, la mayoría de las antiguas sociedades del archipiélago practicaba una agricultura de autoconsumo, que hacia finales del siglo XVI se fue transformando en un sistema de mayor producción de excedentes para abastecer no solo a los españoles, sino también a la población de origen chino que se afincó en Manila para el comercio del Galeón. Luis Alonso explica cómo la introducción de técnicas como el arado –llevado precisamente desde China– y la domesticación del carabao o búfalo de agua (*Bubalus bubalis carabanesis*) para el cultivo de arroz fueron cambios trascendentales en el panorama agrícola filipino. ¿Se trató de un fenómeno aislado o más bien siguió la pauta de otros lugares del imperio español? Su análisis comparativo con la Nueva España le permite establecer semejanzas y diferencias entre el mundo asiático y el americano, pues no hay que olvidar que los españoles, al llegar a Filipinas, ya traían consigo una larga experiencia de colonización hispanoamericana.

Y si la impronta novohispana se dejó sentir en la agricultura, se sintió con aún más vehemencia en otro tipo de cultivos, el de las almas, donde los jesuitas –al igual que otras órdenes religiosas– tuvieron un papel de primerísimo orden en la hispanización de Filipinas. Como explica Clotilde Jacqueland, los jesuitas se encontraron con una situación particular en el archipiélago, pues el espacio geográfico estaba fragmentado en miles de islas y existía una gran diversidad etnolingüística; por su parte, la población española era muy reducida y el 80% de ésta se localizaba en Manila, razón por la cual los espacios vacíos fueron llenados con la presencia misionera. Jacqueland analiza las prácticas religiosas implementadas por los jesuitas a través de la obra *Labor evangélica* del padre Francisco Colín, conocido en algunos ámbitos como “el Francisco Xavier de la misión española en Asia”. Esta obra, con un fuerte carácter propagandístico, no se puede disociar de las ambiciones políticas de la Corona española por controlar, de manera integral, un territorio.

Resultaría difícil comparar “el temple” de las distintas sociedades que conformaban la Monarquía hispánica. Sobre todo porque se trataba de sociedades multiculturales, con diversos grados de mestizaje que habitaban en geografías humanas variadas. Pero quizás el pequeño grupo de españoles asentados en Manila presentaba, a principios del siglo XVII, algunos rasgos que podríamos considerar como peculiares. Eso lo resalta Martha Manchado, quien consideró a la sociedad manileña de principios del diecisiete como violenta y sacudida por conflictos. Tomando como estudio de caso a los miembros de la Real Audiencia, cuya fuente documental es relativamente abundante para los fines de su investigación, estudia los enfrentamientos entre oidores y fiscales, y entre estos y los gobernadores en turno. Dichos enconzonazos, que tuvieron su punto álgido entre 1624 y 1625, cuando los oidores acusaron al gobernador Alonso de Fajardo de Tenza de corrupción y nepotismo, mientras éste los denunció por las mismas razones: formaban parte de la realidad cotidiana. La autora señala, además, que en un ambiente de rivalidades y competencias era común la mentira y el fingimiento como mecanismos de promoción social. Se llegaban a falsificar informes de méritos y otros documentos que luego eran enviados al Consejo de Indias con miras a obtener mejores puestos en provincias del impero